

## **Domingo XXVIII del Tiempo Ordinario (12-10-25)**

Homilía del Cardenal Carlos Castillo

(Transcripción)

Hermanos y hermanas:

Este domingo es muy importante para nosotros que estamos siguiendo a nuestro Señor de los Milagros, y al cual casi todos aquí presentes, en nuestras historias familiares, le tenemos que agradecer muchos milagros que hemos vivido gracias a los dones que nos ha regalado. Y hoy día tenemos un milagro: el milagro de la curación de la lepra de diez leprosos (Lucas 17, 11-19). Y eso es muy importante porque, en esta curación, que es lo que siempre quiere el Señor para nosotros, el Señor quiere nuestra salud, nuestro bienestar, y eso es parte de la salvación. También nos salvamos si nuestro cuerpo está sano, porque hay unas personas que creen que solamente se salva el alma. El cuerpo es muy importante, hay que salvarlo, sobre todo haciendo que sea un cuerpo generoso, de servicio, y que genere sociedad y relaciones humanas verdaderas, buenas.

Vamos a reflexionar cuál es la trama y cuál es, podríamos decir, el sentido del milagro. El milagro es un don, es un regalo. Y, por lo tanto, nosotros, como estos leprosos, nos situamos ante Dios pidiéndole, en lo posible, que tenga compasión de nosotros y que algún problema que le presentamos pueda ayudarnos a solucionar. Siempre nos presentamos a Dios pidiéndole que tenga compasión, que nos ayude, que nos aliente, porque sabemos que el Dios en el cual creemos nosotros es un Padre, de tal manera que

sabemos que siempre habrá alguna respuesta, a veces misteriosa, pero siempre habrá respuesta.

En este caso, estamos en un pueblo que tiene que pasarse para llegar a Jerusalén. Por eso, el Señor va a Jerusalén y está entre Samaria y Galilea. Lo importante es que entre esos leprosos hay nueve hebreos de Jerusalén, es decir, de “pura cepa”, “limeños”, y un provinciano, un samaritano. Un provinciano, además, mestizo, porque los samaritanos se habían mezclado con otros pueblos y no eran tan de “pura cepa” como se creían los de Jerusalén.

Y es interesante porque Jesús, al ver la petición de ellos y al observarlos, manteniéndose de lejos porque ustedes saben que los quetienen la lepra, como contagia, siempre están lejos, y así vivían. Tenemos varios casos de leprosos en los evangelios. Aquí vemos que el Señor solo les dice: “Vayan y preséntense a los sacerdotes”.

¿Por qué les dice eso? Porque ya en Israel no gobernaban los reyes. Hacía seis siglos, antes de Jesús, que se habían impuesto los sacerdotes, habían construido un templo y eran los poderosos, y daban el título de “ex leproso”. O sea, les está diciendo: “Los curo y, simultáneamente, vayan a que les den su título”. Y les ponen su cartel: “Ya soy ex leproso, ya puedo caminar por todos lados”.

Es interesante que Jesús tiene en cuenta, entonces, las condiciones concretas en las que se desenvuelve. El Señor no sólo los quiere curar, también quiere que socialmente estén aceptados. Jesús no solamente quiere nuestra curación, sino también nuestra participación libre en la

sociedad, y por eso le preocupa eso también. Pero aquí sucede algo que no sabemos qué cosa es lo que pasó exactamente, pero tenemos que reflexionarlo: nueve siguen de frente, no regresan, y solo regresa el que más bien era considerado no tan hebreo, (no tan católico). Ese seguramente iba poco a misa, y ese regresa a agradecer.

Cuando uno regresa a agradecer a alguien es porque, si ha recibido un don, no se cree que se lo merece, sino que respeta la característica del don como regalo. Si es un regalo, yo agradezco. Es una cosa fina, además, que deberíamos hacer todos, ¿no? Hay personas que le hacen un regalo a uno, y creen que se lo merecen y ni siquiera dicen “gracias”. Ocurre también, ¿no?

En este caso, es cierto: estos que son de Jerusalén, pues, creen que se lo merecen todo. Nos pasa a los limeños, con los provincianos, nos pasa. Nosotros, que nos creemos “dueños” del Perú. Y ese es un problema que tenemos que solucionar. Y, entonces, las personas más sencillas, que sienten que no se merecen nada, son muy agradecidas. Y eso es muy bonito porque, cuando se agradece, se crea un lazo. Un lazo que después convierte a la persona que agradece también en un don.

Tantas veces en estos años hemos dicho que festejamos al Señor de los Milagros pidiéndole que también cada uno de nosotros sea un milagro para nuestra familia, para los demás, para los vecinos, para nuestro pueblo. Seguramente, aquí tenemos, entre tantos que han venido hoy día, también a un futuro dirigente que sea un milagro para el país. Ojalá, porque hay muy pocos.

Lo que quiere el Señor es que todos seamos dones gratuitos y, por lo tanto, hermanos los unos de los otros por una sola razón: porque somos hijos e hijas. Y si todos somos hijos e hijas, tenemos no solamente el derecho, sino el deber de apreciar al Otro y hermanarnos y ayudarnos. Lo solemos hacer, porque en todos hay nobleza, pero hay que convertir todas nuestras relaciones en relaciones de hermandad, no solamente algunas por opción o por cariño a ciertas personas.

Y, por lo tanto, no es posible que haya estos desprecios que existen muchas veces y que se han metido en nuestra cultura, en donde hay “peruanos de primera clase” y “peruanos de segunda clase”, como pasaba con los hebreos: “hebreos de primera clase”, los que están cerca del templo y son amigos de los sacerdotes; el resto, “chusma, chusma, chusma”, como dice el Kiko. Eso tiene que ser superado, porque eso destruye a las personas e, inclusive, si pueden sanar de muchas cosas, otra vez entran en depresión porque ya no soportan más ser maltratados y ser despreciados.

Lo estamos viendo en algunos países en el último tiempo. ¿Cómo es posible que, en un país, ciertos estados tengan que ser perseguidos porque no son de su grupo? Y se llevan a los niños, se los llevan a la cárcel. Ya no es solamente a los migrantes, sino a los propios miembros de ese país. Estamos en una locura generalizada. “Yo soy el que manda y aquí todo se me somete”, se piensa.

Por eso es que se inventó la democracia. Y si bien la Iglesia no dice “hay que actuar de esa u otra manera”, la Iglesia sí

nos dice: los valores de la conversación, del diálogo y de la decisión libre son importantes porque tienen que ver con el Evangelio. Si bien es cierto, no se bendice la democracia en su conjunto, pero sí —como decía Juan Pablo II— “no es el mejor, es el menos malo de los sistemas, pero funciona, ayuda”. Es mejor estar así que estar en una dictadura donde están chancando y persiguiendo a medio mundo.

Y hoy día se está instalando en la mentalidad de la gente de esos pueblos, y eso está llegando inclusive aquí, la arbitrariedad. Y no podemos permitirlo, porque daña. ¿Qué tiene que ver eso con esa actitud del ex leproso samaritano? Que gracias a que todo es un don y él recibe ese don y agradece, se genera hermandad con el Señor y confianza los unos con los otros. Porque una persona que agradece es una persona que ve positivamente los dones de Dios caminando en el mundo.

Y es lo que nosotros tenemos cuando, caminando con el Señor en este mes, masivamente en toda la sociedad, volvemos a recordar que somos hermanos y no tenemos derecho a destruirnos. Y que, por lo tanto, el fundamento es que, siendo unidos en el Señor, todos podamos ser unidos entre nosotros. Y esa es la gran esperanza que tenemos.

Lo que pasa es que, pasan los siglos, 374 años que tiene la procesión del Señor y ¿cuánto hemos pasado? Pero todavía lo bueno es que sobrevivimos como hermanos peruanos y como cristianos. Pero queda mucho “pan por rebanar” todavía, porque siempre hay pretensiones de destruir lo caminado gracias al Señor.

Por eso, hoy día vamos a dar gracias al Señor, porque estos signos nos ayudan a cambiar nuestra mentalidad, inclusive nuestra mentalidad de ser cristianos. Y permítanme leerles unas cositas del Papa León XIV en su prédica de hoy, porque son muy sabrosas para la fe cristiana:

*“Dios es puro don, es puro regalo, solo gracia. Pero ¡cuántas voces y convicciones pueden separarnos también hoy de esta verdad desnuda y disruptiva!”*

O sea, Dios es puro don, pero, luego, lo recibimos y, en vez de seguir siendo don nosotros, nos escapamos. Como los nueve ex leprosos.

*Cuidemos, pues, de ese subir al templo que no nos lleva a seguir a Jesús. Existen formas de culto que no nos unen a los demás y nos anestesian el corazón.*

Fuerte. Formas de culto: ir a misa el domingo y creer que, en vez de salir cambiados, salimos igualitos a como entramos. ¿Para qué vamos a misa si luego vamos a ser igualitos? La misa es para vivir comunitariamente el amor de Dios, comulgar, participar y, luego, ser más participativos y más solidarios con los demás.

Por eso es que el Papa León XIV insiste en que no podemos salir iguales.

*Cuidémonos de toda instrumentalización de la fe, que corre el riesgo de transformar a los diferentes -a menudo, los pobres- en enemigos, en “leprosos”, a los que hay que evitar y rechazar.*

Eso no es ser cristiano. Instrumentalizamos la fe para creernos más: “Yo soy católico porque soy lo máximo”, se piensa. Y separamos. No se puede ser católico y no ser solidario. Se debe ser comprensivo, especialmente, con los pobres. Estos días, el Papa ha reescrito —es decir, escrito en común con el Papa Francisco, que ya había dejado un pre-texto, un lindo texto— que es público y gratis en la red, búsqüenlo: se llama “Dilexi Te”. El Papa Francisco primero escribió “Dilexi Nos”, y ahora “Dilexi Te”, o sea, “Te he amado”... siempre. Léanlo, porque ahí está la médula de lo que es el amor de Dios que nunca falla, gratuito.

Eso nos cuesta pensar a los cristianos católicos porque muchas veces hemos tenido influencias que han pasado, pero algunos las recuerdan y las recuerdan. Dios nos ama porque es nuestro Padre y nos ama gratuitamente. Gratuitamente significa “no cobra”, ¿de acuerdo? Y, entonces, cuando la mamá le dice al chico: “Pórtate bien, porque si no Dios te va a castigar”, entonces quiere decir que estamos diciendo al niño: “Si te portas bien, Dios te va a querer. Pero si te portas mal, Dios te castiga”. Entonces, ¿dónde está lo gratuito? Si entonces la condición es portarme bien, y si me porto mal, entonces no me ama, ¿me quitó su amor?. Dios no quita el amor a nadie, porque todos somos sus hijos. Lo que sucede es que, para nosotros, es bueno corregirnos. Entonces hay maneras de corregir para que el chico no crea que Dios lo persigue.

Esa idea de Dios es una idea que está en las antiguas religiones que siempre tienen a un Dios bicéfalo: un Dios que ama y odia. Inclusive los sacerdotes de Israel que

vivieron en época de Jesús pensaban así. Y antecesores de ellos habían hecho correcciones en la Biblia que, por eso, nosotros tenemos que releer el Antiguo Testamento mirando bien el Nuevo, porque si no, hay cosas horrendas.

Les doy una ya: “Yo amo a los que me aman y odio a los que me odian y destruyo sus personas” (Deuteronomio 7:9-1). Lo pueden leer, búsquenlo. O esa cuestión: “Cuando encuentres a dos adúlteros, saca la espada como lo hizo Finees y mátalos”. ¿Se acuerdan? Eso lo dijo un pastor hace unos años y tuvo que irse de aquí porque tenía acusación de incentivación de terrorismo. Estaba anunciando que uno podía matar a la gente adúltera así, sin más.

Esas cosas están en el Antiguo Testamento porque el Antiguo Testamento todavía mantiene una ambigüedad: hay una mezcla de religión revelada con cosas que los sacerdotes pusieron. Eso se acabó con Jesús porque los sacerdotes terminan matando a Jesús. Son los que lo sentencian, siendo inocente, los que lo llevan ante Pilato y, entonces, se genera una experiencia religiosa católica cristiana. Por eso es que ser católico es ser universal: los samaritanos, los pueblos, los extranjeros, todas las naciones son llamadas y valoradas, no condenadas.

Y nuestro deber es anunciar que Dios es amor para todos, y que tiene paciencia con nosotros y nos invita a ir recapacitando, pero eso se hace con la Palabra. Por eso Jesús es la Palabra viva. Por eso tenemos que corregir varias cosas, ¿no es cierto?

Vamos a ayudarnos en esa tarea. Yo les pido a ustedes que, entre vecinos, conversen. “Oye, ¿cómo arreglamos y corregimos eso de que Dios castiga? ¿Tú qué piensas?” Porque el padre les ha dicho que no, que siempre nos ama. A ver, ¿cómo hacemos para cambiar esas cosas que asustan a los chicos?

Una cosa es que nos tomemos en serio la vida y otra cosa es enseñar por medio de asustar. “La letra con sangre entra”, antes se decía, nos han criado así. Y eso no se nos quita fácilmente. “La letra con dulzura siempre entra”.

Yo creo que, cuando es con sangre, no entendemos ni “michi”, no entendemos nada. Nos asustamos y no comprendemos.

Hermanos y hermanas, estamos en una etapa muy difícil del mundo y de nuestro país, Pero hay una cosa esencial: la fe cristiana puede ayudar a que, en el mundo, por más que haya peleas terribles, podamos volver al corazón de nuestra humanidad y aprender a tratarnos y a respetarnos mutuamente, que es lo que pidió siempre nuestro pueblo, y lo podemos hacer.

Que Dios los bendiga y que podamos juntos hacer ese camino, y todos seamos un poco samaritanos también. No teman ser samaritanos, no teman ser provincianos. Todos tenemos que vivir en el corazón de Dios.

Amén